

en menos de cuarenta dias; enfin, proseguimos nuestra marcha; el parapeto de peñascos que ocultaba la llanura y la ciudad se iba rebajando insensiblemente y pronto nos dejó disfrutar plenamente de todo el horizonte; ya no estábamos mas que á quinientos pasos de los muros de los arrabales; estos muros, rodeados de lindos kioscos y de caserios de las formas y arquitectura mas orientales, brillan como un ceñidor de oro al rededor de Damasco; las torres cuadradas que los flanquean y sobresalen encima de su línea, estan incrustadas de arabescos, taladrados en ogivas ó arcos diagonales de columnillas sutiles como manojos de juncos y ceñidas de almenas en forma de turbantes; las murallas estan cubiertas de piedras ó de mármoles amarillos y negros, alternados con elegante simetria; las cimas de los cipreses y de los otros grandes árboles que se elevan de los jardines y del interior de la ciudad, se abalanzan por cima de las murallas y de las torres, y las coronan con una sombría verdura; las innumerables cúpulas de las mezquitas y de los palacios de una ciudad de cuatrocientas mil almas, repercutaban los rayos del sol poniente, y las azules resplandecientes aguas de los siete rios brillaban y desaparecian sucesivamente por entre las calles y los jardines; el horizonte detras de la ciudad no tenia límites, como

el mar, confundiéndose con los purpúreos bordes de aquel cielo de fuego que inflamaba mas y mas la reverberacion de las arenas del gran desierto: — á la derecha, las altas y anchas grupas del Anti-Líbano huian como inmensas olas de sombra, unas detras de otras, ya avanzando como promontorios en la llanura, ya abriéndose como profundos golfos en que se internaba la llanura con sus bosques y sus pueblos, algunos de los cuales tienen hasta treinta mil habitantes; algunos ramales de los rios y dos grandes lagos resplandecian allí, en la oscuridad de la tinta general de verdura en que Damasco parece como sumergida; á nuestra izquierda, la llanura era mas anchurosa, y solo á una distancia de doce ó quince leguas se hallaban cimas de montañas, encanecidas con la nieve, que brillaban en el azul del cielo, como nubes sobre el Océano; la ciudad está enteramente rodeada de una selva de vergeles de árboles frutales, en que las vides se entretejen como en Nápoles, y circulan formando guirnaldas entre las higueras, los albericoques, los perales y los cerezos; debajo de estos árboles, la tierra, rica, fertil y siempre regada, está alfombrada de cebada, de trigo, de maiz y de todas las plantas leguminosas que produce aquel suelo; numerosas casitas blancas brillan de trecho en trecho entre la ver-

dura de aquellos bosques, y sirven de vivienda al hortelano ó de quinta de recreo á la familia del propietario; aquellos huertos están poblados de caballos, de carneros, de camellos, de tórtolas, de todo lo que anima las escenas de la naturaleza; ocupan en general una ó dos fanegas de tierra, y están separados unos de otros por tapias de barro ó por hermosos setos vivos; una multitud de caminos, cubiertos de sombra y ceñidos por arroyuelos, circulan entre aquellos huertos, pasan de un arrabal á otro ó conducen á algunas puertas de la ciudad, formando un radio de veinte á treinta leguas de circunferencia al rededor de Damasco.

Hacia algunos momentos que caminábamos en silencio, por aquellos primeros laberintos de vergeles, inquietos por no ver venir al guia que nos estaba anunciado; hicimos alto y al fin llegó; era un pobre Armenio mal vestido, y tocado con un turbante negro como lo llevan por obligacion los cristianos de Damasco; acercóse, sin afectacion, á la caravana, dirigió una palabra, hizo una seña, y en vez de entrar en el pueblo por el arrabal y por la puerta que teniamos delante, le seguimos en la direccion de las murallas, á las que casi dimos vuelta, por entre aquel dedalo de huertos y de kioskos, y entramos por una puerta casi desierta, inmediata al barrio de

los Armenios. La casa de M. Baudin, donde este habia tenido la bondad de disponernos posada, está en este barrio. Nada nos dijeron en la primera puerta de la ciudad; despues de haberla pasado, seguimos largo rato á la vera de unas altas tapias con ventanas enrejadas; el otro lado de la calle estaba ocupado por un profundo canal de agua corriente que hacia girar las ruedas de varios molinos. Al cabo de aquella calle, nos hallamos detenidos y ví una disputa entre mis Arabes y los soldados que guardaban una segunda puerta interior, porque todos los barrios tienen una puerta distinta. Yo deseaba no ser conocido y que nuestra caravana pasase por una caravana de tratantes de Siria, pero como la disputa se prolongaba, cada vez mas bulliciosa, y empezaba á agolparse la gente alrededor nuestro, metí espuelas á mi caballo y me puse á la cabeza de la caravana. Provenia el tumulto de que habiendo reparado el piquete de tropas egipcias en dos escopetas de caza que mis criados árabes habian tapado mal con las mantas de los caballos, no querian dejarnos entrar: una orden de Scherif-Bey, actual gobernador de Damasco, prohibia la introduccion de armas en la ciudad, donde todas las noches se temia una insurreccion y la matanza consiguiente de las tropas egipcias. Por fortuna llevaba yo en el pecho una carta re-

ciente de Ibrahim-Bajá, que saqué y entregué al oficial que mandaba el piquete; leyóla, la puso sobre su frente y en sus labios, y nos hizo entrar, con muchas disculpas y cumplidos. Anduvimos errantes un buen rato por un laberinto de callejuelas sucias y angostas, formadas por dos hileras de casucas bajas, cuyas tapias de barro parecían próximas á desmoronarse sobre nuestras cabezas; veíamos en las ventanas, por entre las tejas, hechiceras caras de jóvenes armenias, que acudiendo al ruido de nuestra larga hilera de camellos, nos miraban pasar, y nos dirigian expresiones de saludo y amistad. Parámonos enfín junto á una puertecilla baja y angosta en una calle por donde apenas se podia pasar; apeámonos, y despues de haber atravesado un corredor bajo y oscuro, nos hallamos, como por encanto, en un patio empedrado de marmol, sombreado por sicomoros, refrescado por dos fuentes morunas y rodeado de pórticos de marmol y de salones ricamente decorados: — estábamos en casa de M. Baudin. Esta casa es, como las de todos los cristianos de Damasco, una choza por fuera y un palacio delicioso por dentro: la tiranía de la poblacion fanática obliga á estos infelices á ocultar su riqueza y su bien estar bajo las apariencias de la miseria y de la ruina. Descargaron nuestros bagages á la puerta; llenóse el patio con

nuestros paquetes, nuestras tiendas, nuestras sillas, y los criados llevaron los caballos al kan del bazar.

Diónos á cada uno M. Baudin una linda habitacion amueblada al uso de los Orientales, y descansamos en sus divanes y á su mesa hospitalaria de las fatigas de tan largo viage. Un hombre conocido y querido, hallado en medio de una multitud desconocida y de gentes estrangeras, es toda una patria, como lo experimentamos al hallarnos en casa de M. Baudin: las dulces horas que pasamos hablando de Europa y de Asia, por la noche, á la luz de su lámpara y al rumor del surtidor de su patio, han quedado impresas en mi memoria y en mi corazon, como uno de los mas deliciosos descansos de mis viages.

M. Baudin es uno de aquellos hombres raros que la naturaleza ha hecho aptos para todo; inteligencia clara y rápida, corazon recto y firme, infatigable actividad: — la Europa ó el Asia, París ó Damasco, la tierra ó el mar, á todo se acomoda, y en todas partes halla la dicha y la serenidad, porque su alma está resignada, como la del Arabe, á la gran ley que forma el fondo del cristianismo y del islamismo, sumision á la voluntad de Dios, y tambien porque lleva en sí aquella ingeniosa actividad de espíritu que es la segunda alma del Europeo. Su lengua, su figura,

sus modales han tomado todos los pliegues que la fortuna ha querido darles. Quien le hubiera visto con nosotros hablando de la Francia y de nuestra política inconstante, le hubiera tomado por un hombre llegado ayer de París y que debía volverse mañana; quien le hubiera visto por la tarde tendido en su divan, entre un traficante de Basora y un peregrino turco de Bagdad, fumando la pipa ó el narguilé, revolviendo indolentemente entre sus dedos las cuentas de ambar del rosario oriental, con el turbante en la cabeza y las babuchas en los pies, pronunciando una palabra cada cuarto de hora sobre el precio del café ó de las pieles, le hubiera tomado por un mercader de esclavos ó por un peregrino de vuelta de la Meca. No hay hombre completo sino el que ha viajado mucho y ha mudado veinte veces la forma de sus pensamientos y de su vida. Los hábitos estrechos y uniformes que adquiere el hombre en su vida regular y en la monotonía de su patria son unos moldes que lo achican todo; — pensamiento, filosofía, religion, caracter, todo es mas grande, todo es mas razonable, todo es mas verdadero en el que ha visto la naturaleza y la sociedad desde muchos puntos de vista. Hay una óptica para el universo material é intelectual. Viajar para buscar la filosofía era una gran sentencia de los antiguos, pero ellos no viajaban

solamente para buscar dogmas desconocidos y lecciones de los filósofos sino para verlo y juzgarlo todo. Yo por mí siempre me he admirado del modo estrecho y mezquino como consideramos las cosas, las instituciones y los pueblos; y si se ha ensanchado mi inteligencia, si se han extendido mis miras, si he aprendido á tolerarlo todo comprendiéndolo todo, lo debo únicamente á que muchas veces he mudado de escena y de punto de vista. Estudiar los siglos en la historia, á los hombres en los viages y á Dios en la naturaleza es la grande escuela; nosotros lo estudiamos todo en nuestros miserables libros y lo comparamos todo á nuestros ruines hábitos locales; y ¿quien ha hecho nuestros hábitos y nuestros libros? hombres tan pequeños como nosotros. Abramos el libro de los libros; vivamos, viagemos; el mundo es un libro del cual cada paso que damos nos vuelve una página; el que no ha leído mas que una ¿qué sabe?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
1625 MONTERREY, MEXICO